



Asamblea General

PROVISIONAL

A/S-15/PV.12
13 de junio de 1988

ESPAÑOL

Decimoquinto período extraordinario de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 12a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el miércoles 8 de junio de 1988, a las 10.00 horas

Presidente: Sr. FLORIN (República Democrática
(Presidente) Alemana)

- Discurso de Su Excelencia el Sr. Mário Soares, Presidente de la República Portuguesa
- Discurso de Su Excelencia el Sr. Oscar Arias Sánchez, Presidente de la República de Costa Rica
- Discurso de Su Excelencia el Sr. Miguel de la Madrid, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos
- Debate general [8] (continuación)

Declaraciones formuladas por:

Sr. Shevardnadze (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas)

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.30 horas.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. MARIO SOARES, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA PORTUGUESA

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Esta mañana la Asamblea escuchará en primer término un discurso del Presidente de la República Portuguesa.

Su Excelencia el Sr. Mário Soares, Presidente de la República Portuguesa, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas al Presidente Mário Soares, de Portugal, y lo invito a formular su declaración.

El Presidente SOARES (interpretación del texto inglés, facilitado por la delegación, del discurso pronunciado en portugués): Es un placer para mí, Sr. Presidente, unirme a los oradores que me han precedido para felicitar a usted. Permítame expresar mi convencimiento de que sus conocidas cualidades como diplomático serán de suma utilidad para el éxito de este tercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme.

Quisiera también aprovechar esta oportunidad para expresar nuevamente en público mi reconocimiento a la abnegación y la eficacia con que el Secretario General, Sr. Pérez de Cuéllar, se ha dedicado a las Naciones Unidas, es decir, al servicio de la paz y la equidad internacionales.

Quisiera también felicitar a los demás miembros de la Mesa. Sus altas calificaciones son prenda de la conducción eficaz y fecunda de la labor de esta Asamblea.

Este período extraordinario de sesiones ha despertado grandes expectativas, ya que tiene lugar en un momento en que acontecimientos notables requieren la atención del mundo sobre la cuestión del desarme. Este es el tercer período extraordinario de sesiones en una serie que comenzó hace exactamente una década. En esa oportunidad había una evidente falta de adelantos tangibles en los esfuerzos por reducir los arsenales militares a niveles compatibles con las expectativas legítimas de los pueblos del mundo para la preservación de la paz y la seguridad.

Teniendo en cuenta la insatisfacción general y gracias a una iniciativa digna de encomio del Movimiento de los Países No Alineados, la Asamblea General celebró en 1978 un período extraordinario de sesiones con el propósito específico de discutir exclusivamente los problemas del desarme. Si bien los resultados alcanzados entonces no fueron enteramente satisfactorios, el primer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme, a cuyo término se aprobó un Documento Final por consenso, se convirtió en un acontecimiento internacional valioso que sirvió como catalizador de nuestras esperanzas de fortalecimiento de la paz y la seguridad internacionales. Sin embargo, las relaciones internacionales que se desarrollaron después de ese primer período extraordinario de sesiones no llegaron a confirmar los resultados logrados durante dicho período.

Al mirar retrospectivamente ese período, podría inclusive llegarse a la conclusión de que el proceso de negociaciones sobre desarme había llegado entonces a su nivel más bajo, tanto en el plano multilateral como en el bilateral. Fueron reflejos de esa situación la clausura insatisfactoria del segundo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme y, un año más tarde, el hecho de que la Unión Soviética dejara la mesa de negociaciones de Ginebra. También cabría observar, en aras de la verdad, que la impaciencia y la ambición excesiva con que algunos países abordaron las cuestiones del desarme durante la labor del segundo período extraordinario de sesiones dedicado al desarme también contribuyeron a la falta de acuerdo sobre un documento final.

Esta referencia al pasado no conlleva un tono negativo. Por el contrario, quiero sencillamente subrayar que esa impaciencia y esa ambición excesiva no son compatibles con la necesidad de dar al desarme una dirección y un ritmo que pueda satisfacer las exigencias legítimas de seguridad de todos los Estados.

Afortunadamente, en los últimos años, y especialmente desde que la Unión Soviética volviera a la mesa de negociaciones de Ginebra en 1985, se ha hecho un progreso notable en materia de desarme a nivel bilateral entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Quisiera aprovechar esta oportunidad, en este prestigioso foro, para rendir homenaje a los incansables esfuerzos del Presidente Reagan y del Secretario General Gorbachev en la búsqueda del desarme en los consecuentes empeños dirigidos hacia un objetivo crucial, tan claramente resumidos

en la declaración final de su primera reunión en Ginebra, en noviembre de 1985, en el párrafo en que se afirma que no puede ganarse una guerra nuclear y que nunca debe ser librada.

El Tratado para la eliminación de misiles de alcance intermedio y de alcance menor firmado en Washington en diciembre del año pasado se ha convertido en un hito histórico. Su ratificación reciente por el Senado de los Estados Unidos y el Soviet Supremo de la Unión Soviética es digna de encomio. En realidad, por primera vez los dos Estados se han puesto de acuerdo no solamente sobre la limitación y la reducción sino también sobre la eliminación global de sus misiles de alcance intermedio.

A menudo, en diversas ocasiones públicas, he elogiado el Tratado sobre fuerzas intermedias como un paso adelante importante y positivo en el desarrollo de las relaciones entre el Este y el Oeste, ya que consagra el principio de las reducciones asimétricas e introduce además un proceso de verificación sin precedentes, notable en cuanto permite el establecimiento de una atmósfera de confianza y apertura a nivel mundial.

La cumbre reciente que reunió en Moscú a los dirigentes soviético y norteamericano es otro paso sumamente importante en el proceso del desarme y la limitación de armamentos.

Debemos proceder ahora a intensificar el diálogo entre las dos Potencias que poseen los arsenales más grandes y a las que, por ello, les corresponden las responsabilidades más grandes en el mundo en la esfera del desarme. Debemos alentar sus debates sobre la cuestión de los ensayos nucleares, sobre todo en cuanto a la ratificación de los tratados de 1974 y de 1976, y también sus esfuerzos en esa área no menos crucial que es la de las armas químicas. Creemos que esa es la actitud más apropiada en esta oportunidad ya que el ambiente actual de confianza propicia arreglos pacíficos de los conflictos regionales, tal como lo demuestran claramente el acuerdo sobre el Afganistán y las discusiones de Lisboa sobre Angola. Mi país está firmemente convencido, como sus asociados de la Comunidad Económica Europea, de que en este momento es necesario aprovechar el ambiente internacional favorable que existe actualmente. Debemos así canalizar el impacto creado por el diálogo bilateral y llevarlo al terreno multilateral del proceso de desarme, y al mismo tiempo promover una atmósfera internacional generalizada de disuasión y de confianza que podría permitir el arreglo gradual de los conflictos regionales.

Como se expresó en el Documento Final del primer período extraordinario de sesiones:

"... la acumulación de armas, particularmente de armas nucleares, constituye ... una amenaza ... para el futuro de la humanidad."

(resolución S-10/2, párr. 1)

Si bien estamos de acuerdo con esta afirmación también debemos tener presente que las amenazas a la paz y la seguridad internacionales no son resultado de un tipo concreto de armamentos; más bien surgen de una compleja interconexión de diversos factores entre los cuales podríamos mencionar el importante papel desempeñado por las presiones ideológicas que conducen a distintos tipos de violencia, los intentos contra los derechos humanos dondequiera se cometan, el terrorismo internacional y los arsenales existentes. Por otra parte, un número cada vez mayor de países ha optado por la energía nuclear para resolver sus problemas energéticos. En consecuencia, los riesgos de la proliferación son mayores, y existe una mayor amenaza y un mayor peligro de accidentes posibles e, inclusive, de conflictos regionales más amplios en que podrían utilizarse armas nucleares.

Creo firmemente, pues, en la importancia vital de intensificar nuestros esfuerzos para fortalecer el sistema internacional de no proliferación nuclear. En verdad, el Tratado sobre la no proliferación nuclear, a pesar de sus muy conocidas limitaciones, disfruta de un apoyo internacional cada vez mayor. Sin embargo, no hay duda de que el potencial total moral y político del Tratado sobre la no proliferación nuclear sólo podrá ser utilizado cuando todos los Estados especialmente aquellos que poseen tecnología nuclear más avanzada, adhieran a él comprometiéndose así a no utilizar material fisionable como no sea para usos pacíficos controlables. Mientras tanto, debemos continuar la búsqueda de una fórmula común esencial que permita la protección de las necesidades legítimas de seguridad de todas las partes y, al mismo tiempo, que se establezcan garantías mediante las cuales los Estados poseedores de armas nucleares se comprometan a abstenerse de utilizar este tipo de armas contra los Estados que no tienen dichas armas.

La preocupación comprensible que plantean los arsenales nucleares no debe ser utilizada como pretexto para legitimar la subestimación de la capacidad devastadora de los armamentos convencionales; por el contrario, es más necesario que nunca señalar a la atención de la comunidad internacional la necesidad urgente de que haya una limitación adecuada de este tipo de armamentos, tomando en cuenta especialmente los indescriptibles sufrimientos humanos y la pérdida enorme de vidas que causan las armas convencionales en los conflictos que han estallado desde la segunda guerra mundial. Hoy día, en muchas partes del mundo, proliferan las guerras devastadoras de violencia sin precedentes en las que se emplean las armas de más poder destructivo y nadie parece estar preocupado por las consecuencias que esa devastación tiene para los pueblos que la soportan. Muy a menudo, ya sea por la situación geográfica de la región donde ocurren esas guerras o por la imposición de medidas que niegan el acceso libre a los observadores extranjeros, ni siquiera hay noticias de ellas, ni fotografías ni informes sobre esos conflictos regionales, aunque con ellos se podría alertar a la comunidad internacional y crear conciencia de su dramática existencia.

Esto es lo que sucede en Timor Oriental desde la invasión del Territorio en 1975. Portugal reitera una vez más el derecho del pueblo maubere de manifestar su voluntad y defender su propia identidad cultural y religiosa. Ponemos el énfasis una vez más en la necesidad de negociaciones que nos permitirían llegar

a una solución para ese Territorio, solución que sea internacionalmente aceptable; y al mismo tiempo, apoyamos el informe sobre los progresos realizados que presentó el Secretario General sobre esta materia en septiembre pasado.

La necesidad de conceder más importancia a las cuestiones referentes a los armamentos convencionales también dimana, especialmente en el caso de los países en desarrollo, de la carga económica que crean los gastos militares cuando hay que satisfacer las necesidades de seguridad. Tal carga es cada vez más insoportablemente pesada.

Estamos convencidos de que un mejor conocimiento de las cuestiones referentes a los armamentos convencionales tendría una influencia positiva en las negociaciones sobre desarme global e inclusive en el fortalecimiento de la paz y la seguridad internacionales.

El proceso de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, iniciado en 1975, constituye un buen ejemplo de cómo un esfuerzo concertado en pro de la paz y la seguridad internacional puede aplicarse mediante canales regionales. La Conferencia de Helsinki, la Conferencia de Madrid y la Conferencia de Estocolmo desempeñaron un papel muy importante en el fomento de los derechos humanos y en el fortalecimiento de la confianza y de la seguridad en Europa y condujeron a importantes documentos sobre estos temas.

Portugal cree realmente en la importante significación de la Conferencia de Viena que se desarrolla actualmente y espera que logrará resultados fructíferos en un próximo futuro. Para que esto suceda debe haber una evolución en la aplicación de las disposiciones que ya existen, así como la adopción de nuevas medidas que abarquen todo el proceso de la Conferencia sobre la Cooperación y la Seguridad en Europa, especialmente las cuestiones de los derechos humanos. A este respecto desearía rendir homenaje aquí al progreso alcanzado recientemente en la Unión Soviética en la esfera de los derechos humanos gracias a la política de apertura llevada a cabo por el Secretario General Gorbachev.

Espero que se adopten ahora nuevas medidas extremadamente necesarias para lograr transparencia y una mayor flexibilidad, de modo de que se satisfagan las esperanzas con que todo el mundo acompaña esa acción relevante del dirigente soviético.

En lo que concierne a la seguridad, la experiencia adquirida en los últimos años, durante el proceso de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), con respecto a la aplicación de medidas creadoras de confianza nos conducen a afirmar que el respeto global de todas sus disposiciones por los 35 países que suscribieron el documento de Estocolmo es, por cierto, un elemento sumamente útil para el robustecimiento de la seguridad y la estabilidad internacionales.

La referida aplicación de medidas de fomento de la confianza pasa también por una mayor transparencia y franqueza en los asuntos militares. Portugal, conjuntamente con muchos otros países, participa en el sistema de información normalizada de las Naciones Unidas. Es sumamente importante que los países que aún no forman parte de ese sistema lo hagan en el futuro próximo.

Portugal, conjuntamente con sus aliados, sigue desplegando incansables esfuerzos encaminados a cumplir muy pronto todas las condiciones necesarias para iniciar negociaciones con los países del Tratado de Varsovia, que estarían encaminadas a lograr la estabilidad de las fuerzas convencionales que tienen ambas alianzas desde el Atlántico hasta los Urales. Procuraremos crear las condiciones necesarias para superar progresivamente las crueles divisiones que afligen hoy en día al continente europeo, mediante la eliminación de las actuales asimetrías, una amenaza latente que pesa sobre Europa desde hace varios decenios.

Esta Asamblea, durante su primer período extraordinario de sesiones, declaró que:

"La prohibición completa y efectiva del desarrollo, la producción y el almacenamiento de todas las armas químicas y su destrucción representa una de las medidas urgentes de desarme." (Resolución S-10/2, párr. 75)

Permítaseme, destacar que Portugal no posee armas químicas ni tiene el propósito de poseerlas nunca.

En realidad, se impone una intensificación de los esfuerzos para lograr un acuerdo eficaz, global y verificable de la prohibición de la producción y el almacenamiento de armas químicas, especialmente por el hecho de que desde que se celebró aquel período extraordinario hasta nuestros días este tipo de armas ha sido utilizado reiteradamente en violación del Protocolo de Ginebra de 1925.

Este cuadro más bien sombrío está felizmente algo atenuado por algunos progresos registrados recientemente en el marco de la Conferencia de Desarme de Ginebra y en las negociaciones bilaterales soviético-estadounidenses sobre armas químicas.

Aprovecho esta oportunidad para señalar con satisfacción el hecho de que finalmente la Unión Soviética ha admitido poseer armas químicas y está dispuesta a aceptar el principio de mandatory challenge inspections en la futura convención. También son dignos de elogio el anuncio de la Unión Soviética sobre la construcción de una moderna instalación, cerca de la ciudad de Chapayevsk, para la destrucción de esas armas, y la iniciativa soviética de invitar a observadores extranjeros para presenciar en la base militar de Chi Khany, una demostración de la tecnología allí existente para la destrucción de armas químicas, iniciativa a la que siguió, tras un rechazo inicial, la aceptación del envío de observadores soviéticos para que presencien una demostración similar en la instalación estadounidense de Toole. No obstante, nos parece que existe un enfoque menos realista con respecto a la cuantificación de las existencias de armas químicas que declara poseer, así como en su insistencia, junto con los demás países del Tratado de Varsovia, en concertar la convención antes de que finalice este año. Ciertamente, todavía hay que superar numerosos y muy complejos problemas en el marco de la Conferencia de Desarme de Ginebra, en el comité sobre armas químicas, sobre los mecanismos y procesos adecuados que permitan una verificación eficiente del cumplimiento de las obligaciones asumidas.

Como observador en la Conferencia de Desarme de Ginebra, mi país, signatario del Protocolo de Ginebra de 1925, tiene un profundo interés en que se logre una aplicación rápida y apropiada de la Convención sobre la prohibición del desarrollo, la producción y el almacenamiento de armas químicas y sobre su destrucción. Mientras tanto, esperando el momento de que ello ocurra, la comunidad internacional debe procurar en forma colectiva la adopción de medidas que impidan o, por lo menos, dificulten la proliferación de las armas químicas.

Hay en mi país dos proverbios populares que vienen especialmente al caso: "Lentamente se llega más lejos" y "Vayamos más despacio, que estoy apurado". Los pasos que ya se han dado son extremadamente importantes. No obstante, la verdad es que la paz y la seguridad internacionales no pueden seguir dependiendo de los arsenales bélicos. Por lo tanto, es urgente que encontremos la solución correcta, que nos permita rescatar a la humanidad de la pesadilla de la guerra y, al mismo tiempo, liberar poderosas energías materiales y espirituales para combatir otros flagelos que también afligen al hombre al final del milenio. Otra forma de fortalecer la paz y la seguridad internacionales consiste en la eliminación de todas las violaciones de los derechos fundamentales consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. En realidad, la eliminación total del flagelo de la guerra sólo se logrará mediante el cumplimiento integral de las obligaciones que establece la Carta. En otras palabras, la Carta misma es un sistema global de seguridad.

Estamos en una etapa histórica en que el sentido común parece finalmente prevalecer sobre los egoísmos nacionales. Este período extraordinario de sesiones deberá considerarse como una prueba de confianza en las potencialidades de las Naciones Unidas y de su Carta y como una oportunidad privilegiada para que la comunidad internacional reitere su voluntad de confiar en la solución pacífica de los conflictos y focos de tensión. Desde nuestro punto de vista, el éxito de este período extraordinario de sesiones será esencial para la aplicación de un proceso multilateral de desarme dinámico y constructivo, en el que las Naciones Unidas tendrán un importante papel.

Este éxito depende de nosotros mismos, de nuestra capacidad de orientar nuestros esfuerzos para lograr amplias áreas de acuerdo y evitar posiciones de intransigencia, especialmente en esferas en que no se puede lograr consenso.

Tengamos, pues, confianza. No tendríamos ninguna excusa que dar a nuestros sucesores si desperdiciáramos la oportunidad tan feliz que nos ofrece la historia en este momento de renovadas esperanzas. Estoy seguro de que esto no sucederá.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, agradezco al Presidente de la República Portuguesa el importante discurso que acaba de pronunciar.

El Sr. Mário Soares, Presidente de la República Portuguesa, es acompañado al retirarse del salón de la Asamblea General.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. OSCAR ARIAS SANCHEZ, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COSTA RICA

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Costa Rica.

Su Excelencia el Sr. Oscar Arias Sánchez, Presidente de la República de Costa Rica, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. Oscar Arias Sánchez, Presidente de la República de Costa Rica, y lo invito a dirigirse a la Asamblea.

El Presidente ARIAS SANCHEZ: La primera vez que hablé ante esta Asamblea General, en septiembre de 1986, dije que venía de un pueblo sin armas, de una Centroamérica agobiada por la violencia. Hablé de las largas décadas de opresión y miseria que precedían al despertar democrático de nuestra pequeña América. Hablé de revoluciones traicionadas y afirmé que Sandino había vuelto a ser asesinado en Nicaragua, porque la revolución que él esperaba y que América Latina entera anhela sólo puede darse en libertad y democracia. Reafirmé mi fe inquebrantable en una solución pacífica y diplomática a los graves conflictos regionales.

La segunda vez que hablé ante esta Asamblea General, en septiembre de 1987, hablé del plan de paz que habíamos firmado los centroamericanos en Guatemala. Les pedí apoyo para ese plan y dije que no queríamos seguir caminando a oscuras por la historia, cargados de pobreza y atormentados por la guerra. Afirmé que queríamos un destino diferente, una paz duradera, que sólo podía ser garantizada por la democracia y la libertad.

En mis dos mensajes anteriores expresé el apoyo de mi país a las iniciativas de desarme. Afirmé que la carrera nuclear se había transformado en un monumento gigantesco que exhibía la ceguera del poderoso. Reiteré que propiciamos la reducción de armamentos como una necesidad para la paz y un mandato para el desarrollo. Como pueblo sin armas ni soldados, sabemos que la seguridad no se logra con la fuerza, no se alcanza con la amenaza y no se mantiene con la violencia.

Hoy vengo aquí por tercera vez. Ahora a hablar de desarme, es decir, hablar de paz, de cambio, de desarrollo. Muchas cosas han pasado en estos dos años y algunas han sucedido muy rápidamente. Se firmó un primer acuerdo que reduce las armas nucleares. Es ese un camino de esperanza que todos debemos alentar. Hay un plan de paz centroamericano, que por encima de enormes obstáculos y mucho por hacer ha silenciado armas y también ha abierto periódicos. Hay tropas soviéticas que se retiran del Afganistán. Persisten luchas crueles en que se matan hermanos desde las alturas de Machu Picchu hasta los valles de Irlanda, desde selvas hasta los desiertos y los mares.

Por encima de éxitos y fracasos, hay espacios de libertad que han ganado los hombres en todos los confines de la Tierra. Hay un mundo nuevo que surge por doquier, como producto de los avances de la libertad en todos los continentes y en todos los sistemas políticos. No podemos traicionar al mundo de la libertad que quiere surgir. Para construir el futuro no podemos seguir sólo mirando al pasado. Si caemos en el juego de minorías fanáticas que juzgan el comportamiento de hoy por conductas de ayer, el cambio no sería posible y todo tendría que seguir igual: guerra, hambre, opresión.

Hay quienes lamentan que los soldados rusos se retiren del Afganistán, como quienes lamentan que los contras hayan cesado de pelear en Nicaragua. Sé que hay quienes lamentan que el mundo gane más libertad. Conozco muy bien a las fuerzas poderosas que celebran los retrocesos temporales que pueda tener un camino de paz e ignoran sus victorias. Es difícil saber qué motivos mezquinos alientan a esas minorías que sustentan guerras sin destino, que favorecen la violencia que agrava conflictos y alejan el entendimiento entre los hombres.

Vengo a sumar la palabra y la fuerza de Costa Rica a quienes de buena fe buscan reducir las armas y aumentar el diálogo. A quienes de buena fe trabajan por compartir los beneficios del desarrollo entre las naciones y por alejarse de los

intentos de dominar a otros pueblos. Vengo a sumarme a la cruzada de los hombres y mujeres que no temen a la libertad y trabajan por ese mundo nuevo. A todos aquellos que pueden ayudarnos para terminar con las amenazas de guerra en Centroamérica. Vengo a pedir que cese el envío de armas a nuestra región, porque sólo las armas pueden herir el plan de paz y retardar el avance de la democracia.

Cada día el mundo tiene más armas y menos árboles. Cada día hay más hambre y menos aire limpio. Cada día hay más drogas y menos agua cristalina. En mi América Central, cada día hay más soldados y menos estudiantes. ¿Estamos perdiendo la batalla por un mundo nuevo?

Cuando se está ganando la batalla por la libertad, se están ganando todas las batallas. Debemos luchar para que las políticas de la humanidad reflejen la voluntad de las mayorías. Si prevalece la libertad, estarán los días contados para aquellas minorías que impulsan la droga y las armas, destruyen los bosques, secan el agua y buscan establecer dictaduras en sus pueblos. La única batalla que no podemos perder es la batalla por la libertad, pues estaríamos renunciando, una vez más, a ese mundo nuevo que quiere y merece la paz, a ese mundo nuevo que Cristo predicó hace ya 20 siglos.

Una vez en la historia de América Latina, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con la libertad y con la independencia. Una vez en la historia, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con estabilidad, con respeto a las instituciones públicas, con seguridad nacional, con forjar una patria nueva. Una vez en la historia, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con disciplina y oportunidades para el desarrollo de nuestros pueblos. Una vez en la historia hubo un Ejército Libertador.

Han cambiado los tiempos. Ahora es la historia de opresión de los pueblos, la de sus tiranías y su dependencia; ahora es la historia de irrespeto a los derechos humanos, de corrupción y de miseria, la que está escrita por las botas de los militares.

En el mundo se están dando cambios importantes en favor de la libertad. En los pueblos de América es urgente que se den esos cambios para que se pueda consolidar la democracia, para que pueda renacer una esperanza de desarrollo. Necesitamos un nuevo Ejército Libertador. Necesitamos que el soldado deje el fusil y tome el arado. Necesitamos que el soldado se comprometa con la libertad de su pueblo y que no amenace sus derechos. Necesitamos que el soldado entienda cómo nunca dos democracias se hicieron la guerra en toda la historia de nuestra América Latina.

Los hombres libres se entienden sin necesidad de acudir a la violencia. el nuevo Ejército Libertador de América debe ser mucho más pequeño, debe estar sometido al poder civil, debe retirarse de la carrera de armamentos. Los ejércitos no pueden seguir esperando y fomentando la destrucción de gobiernos democráticos para justificar su existencia y tomar el poder. No pueden seguir siendo testigos irresponsables de la miseria de muchos pueblos, para justificar a quienes se alzan en armas. Cada soldado que marcha gallardo, buscando ser aplaudido, le cuesta al mundo 20 estómagos vacíos. Cada tanque, cada barco de guerra y avión de combate, son triste testimonio de miles y miles de hombres y mujeres sin trabajo y sin techo, son triste testimonio de la muerte lenta y dolorosa de los niños malnutridos.

Los ejércitos de nuestros pueblos deben entender que la mejor táctica para enfrentar la amenaza del vecino es la mutua comprensión, el mutuo desarme y el compromiso sólido y permanente para con la paz. Es la táctica que menos vidas humanas y menos recursos naturales costará. Es la táctica que glorificará al teniente y al general como verdaderos héroes de la patria.

El nuevo Ejército Libertador debe renacer para que América Latina escriba su propia historia de paz y democracia. El nuevo Ejército Libertador debe renacer para que en estas pocas páginas que quedan del siglo XX volvamos a andar los caminos hacia el desarrollo que tanto anhelamos.

El grito para crear un nuevo Ejército Libertador lo lanzó José Figueres, costarricense ilustre, hace ya 40 años. Cuando abolió el ejército de mi país, dijo estas palabras:

"El Ejército Regular de Costa Rica, digno sucesor del Ejército de Liberación Nacional, entrega la llave de este cuartel a las escuelas, para que sea convertido en un centro cultural.

La Junta Fundadora de la Segunda República declara oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país la existencia de un cuerpo de policía.

Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esa patria de Washington, Lincoln, Bolívar y Martí, queremos hoy decirle: ¡Oh, América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas. La pequeña Costa Rica desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad y a la democracia."

Ese acto y esas palabras hicieron de Figueres el primer Comandante del nuevo Ejército Libertador de las Américas. Es hora de rendir honores a los comandantes que desarmen a sus pueblos para que sean libres y trabajen por el desarrollo y no a los que acumulan armas y se tornan insensibles ante el hambre y la sumisión de sus ciudadanos.

En los 40 años que han pasado desde entonces, todos los países de nuestra América conocieron la dictadura militar y algunos aún la viven hoy. Costa Rica no. Nuestras libertades nunca fueron amenazadas ni conocemos la humillación de un destino regido por la fuerza.

En estos 40 años, todos nuestros países hermanos han visto morir al joven estudiante, al campesino y al obrero en crueles e inútiles matanzas perpetradas por hombres de armas. En estos 40 años ni una sola madre ha llorado en nuestra patria la muerte de un hijo asesinado por la prepotencia de un soldado o por la ceguera del tirano.

En estos 40 años millones de latinoamericanos han conocido el destierro, han sufrido la tortura, la prisión y la muerte a menos del dictador. Nunca un costarricense abandonó su tierra para no poder regresar libremente a ella. Nunca nadie, entre nosotros, conoció la cárcel por expresar sus ideas, tampoco la tortura y menos aún la muerte.

En estos 40 años, en que los cuarteles militares se transformaron en escuelas, nuestro símbolo ha sido el maestro que enaltece la inteligencia y no el soldado que oprime a sus pueblos.

América Latina reclama el Ejército Libertador del Comandante Figueres, porque queremos la paz, porque vamos a vivir en democracia, y sobre todo porque tenemos derecho al desarrollo. Los jóvenes tienen derecho a nuevos héroes, a comandantes que callen las armas y practiquen el diálogo. Desde la Potencia nuclear más poderosa en el mundo, hasta mi pequeña Costa Rica sin armas, estamos todos obligados a trabajar por el desarme progresivo.

En Costa Rica declaré el día 1° de diciembre, "Día de la Abolición del Ejército", y hoy lo celebramos con orgullo. Suprimí los rangos y uniformes militares que se utilizaban en nuestra policía. El nuevo uniforme fue diseñado por estudiantes y maestros de nuestras escuelas. En esta cruzada, hay una responsabilidad para cada país: unos tendrán que destruir ojivas nucleares, y otros, uniformes de soldados, pero todos, incansablemente, deberemos trabajar por el desarme. Las armas que un día en la historia fueron símbolo de libertad e independencia se han transformado, con demasiada frecuencia, en símbolo de subdesarrollo y de opresión. Desde hace mucho tiempo, los soldados dejaron de ser guardianes de la libertad para transformarse en sus carceleros.

Tenemos un problema serio con el consumo de armas. No hay duda que los principales adictos en la carrera de armamentos son los propios militares. Hay más armas allí donde hay dictadura, allí donde hay más miseria, allí donde hay más intolerancia, allí donde hay más dogmatismo, sea este político o religioso. La trágica paradoja es que las armas no parecen, casi nunca, ayudar a resolver estas situaciones críticas. Más bien la historia nos muestra que la violencia contribuye a profundizar los odios y a perpetuar la miseria.

Si bien sabemos que el principal problema en la carrera de armamentos está en los consumidores de armas y en sus partidarios más fieles, generalmente ubicados en los extremos políticos, hay también un problema muy serio con quienes producen y financian las armas. ¿Quién ignora que es más fácil obtener crédito para armas que para el desarrollo de nuestros países? ¿Quién no sabe, en el tercer mundo, que cuando se cierran los créditos para producir o comprar alimentos, aquellos para armas permanecen abiertos?

En la historia de los organismos internacionales que han intentado equilibrar los presupuestos y las balanzas de pago de nuestros países, ¿puede alguien recordar una sola recomendación que tendiera a bajar la importación de armamentos o a disminuir los gastos militares? Las recomendaciones siempre fueron para disminuir los gastos sociales, para cerrar escuelas, para reducir los subsidios a los agricultores, o bien para despedir algunos funcionarios públicos.

Cuando se trata de afrontar grandes males que afectan a la humanidad, nos preguntamos muchas veces, si combatir al productor de esos males, al distribuidor o al consumidor, es lo más correcto. Inevitablemente, en casi todos estos casos, debemos concluir en que hay que dar la lucha en todos los frentes.

En lo que se refiere a las drogas se ha sugerido castigar económicamente a aquellas naciones que no combaten la producción de drogas con suficiente rigor. ¿Por qué no hacer lo mismo con los productores de armas?

Donde existe la misma razón, debe existir la misma disposición, dice un viejo refrán. Debemos comenzar a luchar internacionalmente contra amenazas comunes. Para robustecer la confianza en estas luchas comunes, será preciso buscar la erradicación de los males con igual determinación, no importa cuáles sean los países afectados. Ni el mundo industrializado puede ser indiferente a los males del tercer mundo, ni éste puede serlo ante las amenazas que afectan al mundo desarrollado. Debemos ayudarnos. Juntos debemos construir el mundo nuevo.

Los enormes avances tecnológicos, el respeto que la libertad impone día a día en el mundo, las comunicaciones instantáneas, nos obligan a romper con estereotipos del pasado. El desarrollo de los países pobres no puede verse nunca más como una amenaza al mundo desarrollado. Es todo lo contrario: es parte del camino de paz que a todos va a beneficiar. Lo mismo sucede con aquellas grandes luchas que estamos obligados a dar juntos en el campo internacional. Es el caso del armamentismo, del medio ambiente, de las drogas, de las enfermedades y tantos otros más.

Para robustecer las luchas internacionales comunes deberemos también uniformar los principios que aplicamos e igualar la moral con la que juzgamos nuestras propias acciones. El pavor a una guerra nuclear, los espantos que se describen en torno a cómo sería el fin atómico del mundo, parecen habernos hecho insensibles ante las guerras convencionales.

¿El recuerdo de Hiroshima es más fuerte que el recuerdo de Viet Nam! ¿Con qué fuerza quisiéramos nosotros que existiera el mismo respeto, tanto para utilizar la bomba atómica como para utilizar un arma convencional! ¿Con qué fuerza quisiéramos nosotros que fuese tan condenable matar a muchos, poco a poco, cada día, como matar a muchos en un solo día! ¿Es que vivimos en un mundo tan irracional, que si la bomba atómica estuviese en poder de todas las naciones, y el destino del mundo dependiese tan solo de un demente, tendríamos más respeto para el uso de las armas convencionales? ¿Estaría, así, más segura la paz del universo? ¿Tenemos derecho a olvidar los 78 millones de seres humanos caídos en las guerras de este siglo XX?

Hoy el mundo está dividido entre los que viven el terror de ser destruidos en una guerra nuclear y los que mueren día a día en guerras con armas convencionales. Ese terror a la guerra final es tan grande que nos ha tornado insensibles frente al armamentismo y la utilización de armas no atómicas. Es urgente - y es una demanda de la inteligencia; yo diría más, es un mandato de la piedad - que luchemos por igual para que nunca más exista una Hiroshima, nunca más un Viet Nam, nunca más un Afganistán.

Esta es la hora señalada por la libertad que se abre paso en el mundo, para reivindicar principios y renovar la moral del mundo internacional. Que nuestras políticas comunes reflejen también, fuera de las fronteras de cada país, la opinión de las mayorías. No podemos seguir permitiendo que unos pocos se beneficien haciendo daño a muchos, ya sea con drogas, ya sea con armas.

Que los derechos humanos los defiendan sólo quienes tienen credenciales intachables para ello, pues de otro modo estamos avanzando la causa de quienes violan esos derechos. Que no se exporte un medicamento o un pesticida que sabemos hace daño en casa. Si conocemos de las bondades del diálogo y la tolerancia, no propiciemos odios, no vendamos, entonces, armas. Es una triste ironía que la suspensión del envío de armas sea interpretada por algunos como un castigo, cuando debería considerarse como un premio, como una sincera demostración de amistad. Así, en cada causa que debemos superar juntos, trabajemos porque la democracia internacional refleje la voluntad de los pueblos, refleje la fuerza de los principios que compartimos y se sustente en una moral que robustezca la confianza.

Quiero agradecer a esta Asamblea y al Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, el apoyo limpio e incondicional que han otorgado a los esfuerzos de paz de los centroamericanos. Quiero agradecerles su confianza ante nuestros fracasos temporales y quiero agradecerles la alegría con que han compartido también nuestros éxitos. Me complace también destacar en esta ocasión los esfuerzos de las Naciones Unidas por mostrarle al mundo que desarme y desarrollo son temas que necesariamente deben tratarse juntos. Es esta una realidad que no podemos seguir ignorando. Mi propio país es el mejor ejemplo de que, sin armas, hay una verdadera oportunidad para el desarrollo. Les doy las gracias, de igual manera, por alentar el trabajo de la Universidad para la Paz, que funciona en Costa Rica.

Hay razones para que el mundo esté impaciente, pues persisten y se agravan muchas injusticias que separan a los mundos del Norte y del Sur. Hay razones para que el mundo grite rebeldía, pues sobreviven tiranos en muchos países y son millones los hombres y mujeres que hoy claman por libertad. Pero sobran las razones para no perder la fe, para insistir en el diálogo, para construir un mundo con mayores libertades y menos injusticias.

Por muchos años hemos vivido un mundo preparado para lo peor: el derrocamiento del demócrata por el soldado, la revolución fratricida, la guerra nuclear. Es hora de superar el miedo. Es hora de comprometerse con un mundo preparado para lo mejor: para la paz y el desarrollo compartido por todos los pueblos. Derrotemos a las minorías que persisten en mirar al pasado. Debemos ser capaces de crear el soldado sin armas. Es nuestra tarea y nuestra responsabilidad alentar ese nuevo mundo: el mundo de los Comandantes de la paz.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, doy las gracias al Presidente de la República de Costa Rica por la importante declaración que acaba de formular.

El Sr. Oscar Arias Sánchez, Presidente de la República de Costa Rica, es acompañado fuera del salón de la Asamblea General.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. MIGUEL DE LA MADRID, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

Su Excelencia el Sr. Miguel de la Madrid, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas a su Excelencia el Sr. Miguel de la Madrid, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, y lo invito a formular su declaración.

El Presidente DE LA MADRID: Sr. Presidente: En nombre del Gobierno de México, y en el mío propio, expreso a usted nuestro beneplácito por su designación como Presidente del tercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme. Su experiencia y habilidad diplomática orientarán nuestras deliberaciones por la vía del entendimiento.

Quisiera expresar también que la designación del representante de la República Democrática Alemana como Presidente de la Asamblea General es un reconocimiento de la comunidad de Estados a la comprometida acción internacional de ese país. Para el desempeño de sus funciones usted contará invariablemente con el apoyo de la delegación mexicana.

También es justo destacar la tarea que, al frente de la Organización, ha desempeñado el Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, quien con su inteligencia y capacidad política ha contribuido excepcionalmente a crear las condiciones de una nueva distensión.

Nunca en la historia ha sido fácil la coexistencia entre las naciones. Sin embargo hoy, más que en otras épocas, el espíritu de la contradicción parece dominar a nuestras relaciones. Por sobre las maravillas que produce la inventiva del hombre, la fatalidad de un poder que se consume a sí mismo, sin finalidad ulterior, aspiraría quiméricamente a subordinar la naturaleza de los vínculos entre los Estados. La expansión material y la seguridad de las grandes Potencias prevalecen en un mundo que frecuentemente se inclina ante los dictados de la fuerza en lugar de respetar las reglas del derecho y de la equidad; que prefiere el conflicto a la convivencia y la tensión a la comprensión.

Ahora aparecen en el horizonte signos promisorios. Sin duda, la comunidad internacional se congratula no sólo por el diálogo entre las grandes Potencias, sino porque ha producido ya frutos innegables, y hasta espectaculares. El acuerdo de 8 de diciembre último sobre la eliminación de los misiles de alcance intermedio y de menor alcance (INF), además de cancelar un tipo específico de armas, representó un avance sustantivo en materia de verificación. Y algo nuevo de la mayor importancia: la decisión de las dos Potencias de iniciar la espiral descendente de los arsenales nucleares, sin afectar su seguridad.

Los países que hemos luchado desde hace años por el desarme, no hemos de silenciar nuestro reconocimiento al gran esfuerzo técnico y a la decisión política de los negociadores.

Apenas hace unos cuantos días, en Moscú, dos grandes Potencias continuaron su diálogo y su esfuerzo. No hay duda que en esa cumbre volvió a manifestarse voluntad constructiva para consolidar una relación que todavía no hace mucho parecía gravemente deteriorada. Tal vez no se cumplieron por entero las expectativas que había levantado el nuevo encuentro entre los líderes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Todos hubiéramos deseado avances más sustantivos en materia de reducción y limitación de armas estratégicas ofensivas y de ensayos nucleares. No podemos desconocer, sin embargo, que a lo largo y a lo ancho del comunicado final se expresa otra vez, por ambos lados, el propósito de incrementar las coincidencias y de aminorar las divergencias. Paso a paso, como dice el propio documento, pero sin pausas ni convulsiones. El intercambio de información estratégica y la notificación sobre acciones militares de las dos Potencias, que ahí se anuncia, debieran ser promesa adelantada de unas relaciones internacionales en que la confianza y la transparencia prevalezcan sobre el ánimo confuso del sentimiento de superioridad y de un falso predominio.

Albergamos optimismo. Pero somos también conscientes del difícil trecho que aún es necesario recorrer en el camino del desarme, de la paz y de la genuina seguridad internacional. Desde 1945, la humanidad ha reclamado su derecho a un mundo sin armas nucleares, es decir, su derecho a la vida. Por eso hemos repetido que el proceso del desarme no sólo concierne a unas cuantas Potencias sino, en rigor, a todos los hombres y pueblos, ya que está en juego su propia subsistencia. Nada más evidente que el aserto anterior. Por eso, debe reconocerse igualmente que la demanda por un mundo sin armas está también en la raíz de los acuerdos recientes, y que la fuerza moral y política que ha erigido la humanidad para impedir el holocausto ha sido condición innegable de la atmósfera constructiva necesaria para avanzar en las negociaciones y en la concertación.

Un conjunto de circunstancias internas e internacionales ha favorecido el diálogo entre las Potencias. Entre ellas, el derroche de recursos humanos y materiales que exige una carrera de armamentos sin fin y sin propósito. Nuestros pueblos sostuvieron siempre que esos gigantescos recursos de conocimiento y de

capital debieran aplicarse a mejorar el alimento, la salud, la educación, el vestido y la casa de millones de seres humanos, lo mismo en el mundo de la pobreza que en el de la riqueza, en que hallamos también vergonzosas bolsas de miseria. Pero sobre todo en el primero, en ese mundo nuestro de la mayoría de la población de la Tierra en que frecuentemente se carece hasta de lo más estricto, y en que las dificultades económicas destruyen la fe y la esperanza de vida de las sociedades.

Las Potencias nucleares se acercan y dialogan también por razones económicas y porque al fin parecen percibir que no es posible, al mismo tiempo, construir armas cada vez más sofisticadas y efectuar las enormes inversiones que reclama la revolución tecnológica en marcha. Es una prueba de que hemos tenido razón y razones en nuestro antiguo y persistente reclamo. Ahora se nos otorga con evidencia irrefutable. Ahora se reconoce, en efecto, la profunda irracionalidad y el desperdicio estéril que supone la construcción de esos instrumentos de muerte. Por eso, no abandonaremos nuestra denuncia y argumentación que vincula indisolublemente desarme y desarrollo. Sabemos bien que algunos países rechazan la asociación entre ambos términos, y que su negativa se finca en la posible elaboración de una cifra concreta que sea también la plataforma para exigencias concretas. Aun cuando así fuera no careceríamos de razón, no sólo por el testimonio actual que ellos mismos nos brindan, al cuantificar su propio desperdicio y las necesidades de inversión de su prosperidad, sino porque históricamente el intercambio desigual y aun la explotación nos hacen los legítimos merecedores de nuevos recursos que nos permitan vencer las innumerables carencias que todavía postran a los pueblos.

Nadie escaparía de una conflagración nuclear. En ella no habría vencedores ni vencidos. Una guerra nuclear, como bien se ha dicho, no debería ser librada porque no habría triunfador. Estos asertos nos llevan a la inescapable conclusión de que, en materia nuclear, no hay hombres o pueblos ajenos a las negociaciones y a los esfuerzos por alcanzar un mundo libre de estas terroríficas armas. Todos estamos involucrados y por eso estamos aquí, en este foro universal, procurando avanzar en el largo camino que un día nos liberará de la amenaza de la desaparición. Hemos reconocido la importancia innegable de las negociaciones y acuerdos bilaterales de las principales Potencias nucleares, sobresalientes responsables en esas negociaciones, pero también principales comprometidos por el hecho de que la faz de la Tierra se encuentre saturada de tales artefactos de muerte.

Saludamos con optimismo el acercamiento reciente de los constructores y poseedores de las armas, pero no podemos ni debemos renunciar a nuestro propio derecho y responsabilidad. Por eso hemos de seguir insistiendo en la importancia decisiva del ámbito multilateral de las negociaciones. Por lo demás, así lo dispone la Carta de nuestra Organización, al conferir a la Asamblea General y al Consejo de Seguridad los más altos deberes en materia de paz y seguridad. Así lo dispone también la razón y la necesidad de que no haya ausentes en materia de tan vital importancia. Ese compromiso y responsabilidad colectiva sobrepasan por razones históricas: la comunidad internacional formuló durante muchos años demandas que muchas veces fueron desatendidas y olvidadas. No obstante, casi invariablemente el tiempo ha conferido razón y mayor peso a nuestra argumentación.

Ahora mismo, más allá del horizonte de las circunstancias efímeras y de las opiniones de coyuntura, hemos de insistir en algunas metas de importancia fundamental en el proceso del desarme: terminación de todos los ensayos nucleares y liberación del espacio ultraterrestre de la saturación armamentista, reducción y eliminación de las armas estratégicas y de sus vehículos portadores, establecimiento de medidas preventivas que impidan una conflagración nuclear, entre otras.

No es posible olvidar que el espíritu de esta lucha, acorde con los principios de la Carta y de sus autores, se propone lograr un día la desaparición de todo armamento de destrucción masiva, sin excepción. Es una batalla también, como es claro, en contra de las armas convencionales y de las armas químicas y, en general, opuesta firmemente a la idea de que el desarrollo científico y tecnológico sirva para la construcción de nuevos artefactos militares.

El desarme es un aspecto esencial de la estabilidad, la paz y la seguridad internacionales. Es paso decisivo en un proceso más amplio que tiene otros elementos. La verdadera estabilidad, la paz entre las naciones a largo plazo y la seguridad de que cada uno pueda ejercer sus derechos sin menoscabo de los legítimos derechos de los demás, dependen también de que se modere la abismal contradicción que hay entre los países ricos y pobres. Y además, de que los conflictos regionales, que desgastan y destruyen a los pueblos, encuentren solución política y acomodo negociado.

Se vislumbra una nueva distensión entre el Este y el Oeste. Entre el Norte y el Sur, desafortunadamente, la relación ha empeorado en términos cualitativos y cuantitativos. En los últimos años ha crecido la distancia entre unas cuantas sociedades avanzadas y la mayor parte de los pueblos del mundo. No es aceptable que los más severos efectos de la crisis recaigan casi exclusivamente en los países en desarrollo. Los esfuerzos están lejos de haber sido equivalentes y simétricos. El hecho es que se ha producido un fenómeno perverso de la economía internacional, por el que nuestros países se descapitalizan y se convierten en exportadores netos de recursos hacia los centros financieros. Tal situación, que provoca inestabilidad y legítimos reclamos sociales, no puede subsistir. Es intolerable y pone en entredicho la capacidad de la comunidad internacional para lograr una organización justa y armónica. Sin ella, no dura la paz ni es posible que la convivencia entre los Estados se desarrolle en un marco de verdadera seguridad y respeto al derecho de gentes.

Otro tanto ocurre con los conflictos regionales, que también amenazan a la paz y a la seguridad entre las naciones. Por fortuna, algunos de ellos parecen encontrar un principio de solución. Los más, desafortunadamente, siguen encontrando obstáculos que parecen insalvables. La conflagración bélica en el Oriente Medio es todavía un reto al entendimiento político. El apartheid ha de ser erradicado como vergüenza de la humanidad; la guerra Irán-Iraq no puede seguir

originando tantos sufrimientos; las Malvinas han de ser reconocidas como ámbito de la soberanía argentina; los conflictos centroamericanos, incluido Panamá, deben encontrar pronta solución dentro del más estricto respeto a la autodeterminación de cada pueblo y sin injerencias foráneas inadmisibles. Las condiciones de la paz negociada, en el caso de las confrontaciones en América Latina, están ya claramente definidas. Ayudemos a que culminen las fórmulas de paz, sin estorbar la negociación política que reclaman los pueblos de la zona.

Es convicción de México que, al igual que las Naciones Unidas han realizado un gran esfuerzo para avanzar en el camino del desarme, la Organización debiera concentrar sus energías, durante los próximos años, en solucionar el problema de la pobreza y encontrar arreglo para los cruentos enfrentamientos regionales. La comunidad internacional, con buena fe y decisión, podría también lograr esas metas fundamentales de una verdadera pacificación de las relaciones entre los Estados.

Es bien sabido que mi país, desde la creación de las Naciones Unidas, ha participado activamente en los debates y en las negociaciones sobre el desarme. Y que desde 1984, al lado de los Jefes de Estado y de Gobierno de la Argentina, Grecia, la India, Suecia y Tanzania en la iniciativa para la paz y el desarme, nos esforzamos en impulsar una atmósfera política favorable a las negociaciones de paz. Centraría en los siguientes puntos las propuestas de mayor interés para mi país, que debiera examinar acuciosamente la Asamblea General, con motivo de este período extraordinario de sesiones.

Prohibición de los ensayos nucleares, lo que contribuiría a detener el perfeccionamiento de las armas y la carrera de armamentos. Insistimos en la importancia de la aprobación y firma de un tratado multilateral sobre el cese de todas las explosiones de ensayos nucleares, lo cual sería significativo avance hacia el desarme general y completo.

Estudiar el establecimiento de un sistema multilateral de verificación en el marco de las Naciones Unidas, particularmente por lo que hace a los mencionados ensayos nucleares.

Evitar que la carrera de armamentos se extienda a nuevos ámbitos, como el espacio ultraterrestre.

Impedir la proliferación de las armas nucleares, no sólo por el interés propio y actual sino por el de las generaciones futuras. Naturalmente, ello no supone construir barreras al desarrollo de la tecnología nuclear orientada exclusivamente a fines pacíficos. Tampoco significa que se aproveche la no proliferación para disimular la construcción de armas más sofisticadas.

Alentar el establecimiento de zonas libres de armas nucleares. Debo mencionar el Tratado de Tlatelolco que, al lado de otros acuerdos semejantes y más recientes, constituye una valiosa experiencia que surgió del ámbito latinoamericano.

Exhortar a que culmine la negociación de un acuerdo internacional que prohíba la producción, almacenamiento, transporte y uso de las armas químicas.

Subrayar y explorar los vínculos directos e indirectos entre desarme y desarrollo.

Nuestro llamado en favor del desarme es también una demanda y una exigencia de bienestar para todos los pueblos. Y, en definitiva, un renovado esfuerzo para impulsar razón, equilibrio y justicia en las relaciones internacionales. La pacificación de la sociedad, en lo interno y externo, continúa siendo la meta central de la civilización contemporánea.

Naturalmente, el objetivo del desarme es hoy primordial para la supervivencia de todos los hombres y mujeres del mundo que tienen esperanza y luchan de buena fe por el derecho a vivir, a construir, a pensar y a crear. Es decir, que no sólo asumen la perspectiva de los intereses particulares e inmediatos, sino los más permanentes de la comunidad de naciones y de las generaciones venideras.

Los períodos extraordinarios de sesiones de la Asamblea General dedicados al desarme, que se celebraron en 1978 y en 1982 cumplieron en su momento el objetivo propuesto. Este tercer período debe confirmar que las naciones aquí reunidas, sin excepción, asumimos la responsabilidad que nos corresponde frente al peligro del aniquilamiento. Hagamos honor a la razón humana y a una civilización que ha costado tantos milenios construir. Sigamos luchando sin fatiga por la vida y por la prosperidad de todos los hombres y de todos los pueblos.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, deseo agradecer al Presidente de los Estados Unidos Mexicanos la importante declaración que acaba de formular.

El Sr. Miguel de la Madrid, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, es acompañado fuera del salón de la Asamblea General.

TEMA 8 DEL PROGRAMA (continuación)

DEBATE GENERAL

Sr. SHEVARDNADZE (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas)

(interpretación del ruso): Dentro de unos pocos días, el primer grupo de misiles nucleares de corto y mediano alcance quedará destruido. El Tratado para la eliminación de tales proyectiles entró en vigencia en la reunión cumbre de Moscú. Como expresó Mijail Gorbachev, ha comenzado la era del desarme nuclear. El destino ha querido que esto coincidiera con el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado al desarme.

La Unión Soviética invita al Secretario General de las Naciones Unidas, a los miembros del Consejo de Seguridad, al representante de Zimbabwe en su actual condición de actual Presidente del Movimiento de los Países No Alineados, así como a los delegados a la Conferencia de Desarme a estar presentes en el primero de los procedimientos de eliminación de misiles. Por supuesto, esto no es el Teatro Bolshoi, pero sí un estreno importante, un acontecimiento histórico trascendental.

Ello ha sido posible por la reunión cumbre de Moscú. Y esto, en sí mismo, da a la cumbre una dimensión política sumamente importante. Pero, además, ha hecho posible muchas otras cosas y esto aumenta aún más su significación también en el contexto del desarme. En la reunión cumbre se lograron adelantos claros en cuanto al acuerdo sobre la reducción de un 50% de las armas estratégicas ofensivas, mientras se observa el Tratado sobre la eliminación de los sistemas de proyectiles antibalísticos (ABM). Nos ha acercado más a la Convención para la proscripción de las armas químicas. Se ha dado un paso hacia la limitación y ulterior eliminación de las explosiones nucleares. Se han convenido importantes medidas de fomento de la confianza en la esfera militar. Se han afirmado y desarrollado ulteriormente principios para el control general de la verificación. Se ha hecho una contribución para poder situar en un plano práctico el problema de la reducción de tropas y armamentos convencionales en Europa.

La reunión de Moscú entre el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética y el Presidente de los Estados Unidos ha significado un nuevo avance en el enfoque conceptual de la índole del desarme en sí mismo. Ha demostrado que pese a sus profundas diferencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos pueden cooperar en esta esfera tan importante. Estamos de completo acuerdo con los oradores que creen que el diálogo entre los dirigentes de las dos principales Potencias nucleares es de importancia fundamental para fortalecer la seguridad internacional en beneficio de todas las naciones de nuestro planeta. Y, por supuesto, compartimos la opinión del Sr. Pérez de Cuéllar de que este acontecimiento histórico confirma la oportunidad y la pertinencia de este foro.

A riesgo de utilizar en demasía las palabras "por primera vez" y "nueva", quiero señalar a la atención de la Asamblea la primera medida de verdadero desarme que, precisamente aquí y ahora, debe asumir en este foro sus verdaderas proporciones.

Ha nacido una realidad hasta ahora desconocida para la humanidad; el mundo ha entrado en una nueva situación, acontecimiento cuya importancia es semejante a vencer la gravedad de la Tierra. Finalmente han surgido las fuerzas antigravitacionales y, una vez que adquieran impulso, podrían llegar a contrarrestar la fuerza de atracción de las armas y poner fin a la dependencia secular de ellas. Esto es sólo un comienzo, pero inaugura una era tan cualitativamente nueva que requiere un esfuerzo colectivo para entender su significado.

Tenemos el deber de aprender las enseñanzas del primer tratado de desarme nuclear para que juntos podamos ascender a un plano más alto de civilización. En nuestra opinión, estas enseñanzas demuestran que el desarme, que es un concepto humano universal, puede convertirse, y de hecho se ha convertido en una meta humana universal ciertamente asequible.

Sin apartarnos en forma alguna de nuestras ideas sobre el futuro, debemos decir que tenemos una deuda de gratitud con aquellos cuya idea de un mundo sin armas durante mucho tiempo pareció ser una utopía. Como dijo una vez un gran hombre, a menudo las utopías resultan ser verdades enunciadas antes de tiempo.

No hay nada más poderoso que una verdad cuyo momento ha llegado. Para nosotros el apotegma de Lenin de que el desarme es el ideal del socialismo siempre ha sido una de esas verdades. No pudo convertirse en realidad inmediatamente

después de nuestra revolución. Aun ahora algunos podrían decir que todavía estamos lejos de ese ideal. Por cierto que la Unión Soviética, al igual que los Estados Unidos y en realidad algunos otros países, tiene muchas armas. La glasnost es indivisible y trasciende las fronteras nacionales. Voy a dar cifras a la Asamblea: actualmente las armas ofensivas estratégicas de la Unión Soviética comprenden 2.494 vectores y unas 10.000 ojivas, inclusive las que están emplazadas en misiles de crucero lanzados desde el mar. Pero el mundo debe saber que además de sus vastos arsenales, la Unión Soviética posee una reserva aún mayor de voluntad política para el desarme. Esta voluntad política es igual a nuestra capacidad de análisis en forma autocrítica de nuestro propio pasado y los errores que se cometieron. En el proceso de renovación de nuestra sociedad el nuevo pensamiento político está desplazando al viejo, estableciendo normas nuevas y más elevadas de glasnost, apertura y democracia.

Esta tendencia a una autoevaluación totalmente sincera que está implícita en la perestroika, ha encontrado amplia expresión en las tesis del Comité Central de nuestro Partido para su 19a. Conferencia Nacional.

Al hablar de los enfoques dogmáticos y subjetivos que dejaron su huella en nuestra política exterior, tenemos derecho a esperar de otros que sean igualmente autocríticos. En esto está la valentía del nuevo pensamiento político que desafía los estereotipos anticuados. En esto hay el deseo de un diálogo abierto con el mundo que se inició, estimuló e inspiró en nuestra perestroika y renovación. En esto hay una política que procura democratizar las relaciones internacionales, que presupone no sólo el diálogo en pie de igualdad sino también la igualdad de responsabilidad.

Para nosotros, la idea de un Estado fundado en la legalidad socialista es inseparable del principio de la primacía del derecho en las relaciones internacionales. Únicamente sobre esta base el nuevo pensamiento político puede poner en práctica un conjunto de ideas principales, tales como: una eliminación gradual de las armas nucleares a más tardar para el año 2000; un sistema general de seguridad; un hogar común europeo y un hogar común planetario; una suficiencia defensiva y una estrategia no ofensiva; la reconciliación nacional y la seguridad regional, y la terminación en forma recíproca de la presencia de tropas y bases en territorios extranjeros.

La Unión Soviética presenta a este foro varias propuestas que podrían constituir elementos de una nueva plataforma de desarme en los años subsiguientes al inicio de la eliminación física de las armas nucleares. Ya en mi intervención utilicé la palabra "destino". Es difícil estar en desacuerdo con Manuel Kant, cuando dijo que el destino es la causa que impulsa a la gente a lograr la concordia a través de las discordias, inclusive contra su voluntad.

Ante las amenazas de este siglo, el mundo es uno y comparte un solo destino. El rescate de la concordia entre los países y las naciones es una idea que está ganando terreno a través de una multitud de discordias. El Tratado para la eliminación de misiles de alcance intermedio y de alcance menor es una expresión concreta de esta concordia.

Actualmente la comunidad mundial ve una perspectiva realista de eliminar 13.000 ojivas nucleares de los arsenales de armas. Tenemos confianza en que pueda concertarse un acuerdo sobre una reducción del 50% de las armas ofensivas estratégicas, al tiempo que se observa el Tratado sobre misiles antibalísticos. Está en el orden del día la búsqueda y la creación de otros métodos políticos cuyo propósito sea construir un mundo libre de armas nucleares.

Si el objetivo fuera simplemente aumentar las posibilidades de supervivencia de la humanidad, el actual período de sesiones inclusive ahora podría declarar su éxito total, ya que esas posibilidades son mayores que hace 10 años. Ciertamente son mucho mayores, tal como lo demuestra el número de misiles que pronto serán destruidos por la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Sin embargo, esto ya no nos puede satisfacer, pues la meta de nuestra búsqueda y nuestro quehacer no es una situación en que la humanidad se vea amenazada con 10 muertes en vez de 20, sino un mundo en que ya no exista la amenaza de la muerte por un conflicto o una guerra.

Tenemos ante nosotros dos objetivos estratégicos; el primero, ampliar e intensificar el proceso de desarme sin perder el impulso; el segundo, construir la seguridad en un distinto nivel cualitativo.

Habiendo iniciado el proceso de desarme nos enfrentamos ahora con el problema fundamental de desarmarnos sin disminuir nuestra propia seguridad o la seguridad mundial, sin dividirla en dos aspectos mutuamente exclusivos, uno para nosotros y el otro para los demás.

No estamos diciendo que las armas nucleares puedan eliminarse con facilidad o independientemente de otros elementos de seguridad, pero lo primero y, quizá, lo más difícil de hacer, es renunciar al mito de las armas nucleares como garantes de la paz, porque si lo fueran, ¿entonces para qué eliminarlas?; porque este garante es capaz de reducir a cenizas a todos los seres vivos y a este planeta, y porque mientras existan esas armas la humanidad vivirá en constante temor.

Sin embargo, pese a todo esto, las armas nucleares no sólo no terminan sino que estimulan la carrera en todos los demás tipos de armas; porque si la guerra nuclear es imposible - y lo es, efectivamente - la lógica elemental indica que las naciones deberán adquirir otras armas no nucleares cada vez más complejas y poderosas. En esencia, la "disuasión nuclear" no puede existir sin un aumento constante de los arsenales de armas convencionales; y, también, la "disuasión nuclear" no excluye sino que claramente implica una "guerra convencional" que siempre puede llegar a convertirse en una guerra mundial.

El componente nuclear de la estrategia es el catalizador más agresivo de la carrera de armamentos y por esta misma razón debe ser eliminado. La Unión Soviética está convencida de que es posible garantizar la seguridad por medios no nucleares; y ello sobre la base de la suficiencia. Esta no surge sólo de un cierto nivel de armamentos sino, sobre todo, de un cierto estado de ánimo, de una disposición psicológica y política a tener arsenales cada vez más pequeños, suficientes para la defensa pero no para el ataque. La suficiencia era impensable en los años de la guerra fría y nos obligó a todos a armarnos una y otra vez; suficiencia es algo que actualmente puede y debe verse como el único camino posible hacia un mundo no violento para todas las naciones; suficiencia es un concepto de la seguridad que deriva de las medidas colectivas de los Estados.

La paz y el imperio de la ley ya no pueden mantenerse merced a los esfuerzos de dos o tres países, aunque sean los más poderosos; son función de instituciones y mecanismos especiales capaces de combinar los esfuerzos de muchos en una sola voluntad.

Tenemos esas instituciones: son las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad y el Comité de Estado Mayor que se creó como un órgano especial para prestar asistencia al Consejo de Seguridad en la formulación de planes para crear un sistema que reglamentara las armas en el mundo. Durante mucho tiempo no existieron las condiciones para ello, pero esas condiciones actualmente se están creando.

Tal como nosotros lo vemos ahora, una de las tareas principales para la comunidad internacional y, concretamente, para los foros de desarme en el sistema de las Naciones Unidas, es idear un concepto de desarme que debe basarse en la noción de integridad e interdependencia del mundo actual. Queremos ver esa misma integridad en el proceso de desarme y, en consecuencia, en los sistemas de control. Parecería que el sentido común, representado por las disposiciones sobre verificación e inspección, puede ser mucho más poderoso que el pavoroso horror de la puerta abierta de un arsenal nuclear.

Habiendo dado las máximas oportunidades para la verificación la Unión Soviética ha contribuido a la creación de nuevas formas de coexistencia en la Tierra y a un cambio verdaderamente revolucionario de las opiniones tradicionales sobre los límites de la apertura de las relaciones entre los Estados.

Esta revolución, de la que con razón nos enorgullecemos, deberá extenderse a otros aspectos del desarme y también a los conflictos regionales. La verificación, en este caso, es la cuestión principal, dado que si no hay verificación se pondrían en peligro, inclusive, los progresos hacia un arreglo.

No hacemos ningún secreto del objeto de nuestra preocupación. Se trata del Afganistán. Cuando una parte observa sus obligaciones en virtud de los Acuerdos de Ginebra en tanto que la otra parte las viola, esto, naturalmente nos produce dudas acerca de nuestro interlocutor y hace que le perdamos la confianza. Puedo decir más: la parte que viola el acuerdo mina la confianza en cuanto a que exista la posibilidad de arreglar otros conflictos regionales, para los cuales el Afganistán es un rayo de esperanza y un ejemplo de solución. Creemos que la comunidad internacional no puede condonar estos actos.

El diálogo sobre el desarme puede y debe ser parte de un proceso multilateral de amplio alcance para garantizar una seguridad general sobre una base genuinamente internacional. Esto presupone que todos los países, y especialmente todas las Potencias nucleares, definan su actitud hacia un verdadero desarme y expongan el modo en que se proponen participar en él. En realidad, deberíamos participar en las negociaciones de desarme en lugar de adorar con excesivo celo los ídolos de la "disuasión nuclear"; contribuir al desarme en lugar de entregarnos aquí a una evaluación estadística del poderío militar soviético, al mismo tiempo que se olvida citar datos similares sobre el propio país y sus aliados. Por supuesto, me estoy refiriendo a una declaración hecha ayer por el Sr. Geoffrey Howe, Ministro de Relaciones Exteriores del Reino Unido.

En las Naciones Unidas se ha iniciado un intercambio de opiniones a fondo en torno a la idea de un grupo de países socialistas para el establecimiento de un sistema general de paz y seguridad internacionales, basado en la Carta de las Naciones Unidas. Ellos han presentado en este período de sesiones un memorando que se titula "Seguridad mediante el desarme" que da expresión concreta a la idea central de ese concepto.

Creemos que la forma de ponerlo en práctica es crear una nueva forma de entender la combinación y armonización razonables de los intereses nacionales y globales de seguridad. Debe basarse en la idea de una transición a garantías militares de seguridad, en la adopción por los Estados de una estrategia defensiva y, en consecuencia, en que reorienten sus estructuras militares exclusivamente a objetivos de defensa no ofensiva.

Los países miembros del Tratado de Varsovia han aclarado muy bien su posición en un documento sobre doctrina militar. El documento codifica la naturaleza estrictamente defensiva de su alianza político-militar y contiene un llamamiento a los países miembros de la Organización del Atlántico del Norte (OTAN) para que se realice una comparación y se celebre un debate conjunto sobre las doctrinas militares. El objetivo es que la teoría y la práctica militares se conformen con las exigencias de la estrategia defensiva y con el principio de suficiencia para la defensa.

¿Se escuchará este llamamiento? Lo esperamos fervientemente, porque existen en esto problemas muy serios.

La estrategia defensiva y la suficiencia militar requerirán no sólo reducciones de armas sino también una renovación radical de las estructuras y posiciones de fuerza, y cambios en la naturaleza misma de las actividades militares y en el desarrollo de las fuerzas armadas.

A este respecto, para la Unión Soviética las conversaciones sobre las fuerzas armadas y los armamentos convencionales, sobre todo en Europa, son materias prioritarias.

Proponemos que las reducciones de los armamentos convencionales comiencen con la eliminación de los actuales desequilibrios y asimetrías, sobre la base de un intercambio recíproco de datos. Aparentemente, gran parte de esa información se está difundiendo por todo el mundo. Sin embargo, esas cifras no tienen origen en los gobiernos, lo que les quita la necesaria fuerza legal y credibilidad. Es por ello que insisto en un intercambio formal de datos oficiales.

Tal como lo propuso Mijail Gorbachev en la reunión cumbre de Moscú, ello se puede hacer incluso antes de que comiencen las negociaciones. Una vez que éstas se inicien, se propone que se realicen inspecciones in situ para controlar los datos de base y eliminar de ese modo diferencias de evaluación. En esa etapa se podrían identificar las maneras de eliminar desequilibrios y asimetrías y adoptar a tal efecto las primeras medidas prácticas, así como los métodos para llevar a cabo las reducciones de fuerzas armadas y armamentos bajo el más estricto control que se pueda idear.

La segunda etapa de las negociaciones trataría de reducciones en las fuerzas armadas de ambas partes, en aproximadamente 500.000 soldados cada una.

En la tercera etapa se realizarían nuevas reducciones de las fuerzas armadas y armamentos convencionales; las fuerzas armadas de armas partes tendrían un carácter defensivo y se dismantelaría su núcleo ofensivo.

En todas esas etapas de las negociaciones estamos dispuestos a que se realicen reducciones recíprocas de las armas ofensivas, incluidas las armas nucleares tácticas, los aviones de ataque y los tanques.

Paralelamente, se podrían celebrar conversaciones sobre medidas tendientes a la separación de las fuerzas del Tratado de Varsovia y de la OTAN y a la creación de corredores y zonas libres de armas nucleares y químicas. Al respecto, algunos países socialistas han formulado sugerencias extremadamente interesantes. Permítaseme mencionar solamente las propuestas de la República Democrática Alemana, Hungría, Bulgaria, Rumania, el Plan Jaruzelski y el Plan Jakes.

Otra de las tareas es fijar límites al desarrollo de los tipos y sistemas cada vez más destructivos de armas convencionales. A este respecto, vale la pena considerar la propuesta de los Estados miembros del Movimiento de los Países no Alineados sobre la cesación y prohibición de la utilización de adelantos científicos y tecnológicos para el desarrollo y producción de nuevas generaciones y tipos de armas de destrucción en masa, y de nuevos tipos y sistemas de armas convencionales.

Consideramos muy interesante la idea de hacer una evaluación sistemática de los adelantos científicos y tecnológicos, para realizar una oportuna elaboración de recomendaciones sobre la prevención del uso de nuevas tecnologías para el desarrollo de armas y sobre la creación, con ese fin, de un comité de científicos prominentes bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Esto debería hacerse, en primer lugar, con respecto a los sistemas láser, genéticos y electromagnéticos.

Hacemos notar la importancia de la propuesta de Suecia de prohibir el uso de armas láser de campo de batalla para cegar a las tropas.

Uno de los obstáculos que impide la solución de los conflictos regionales es la transferencia intensiva de armas a zonas de mayor enfrentamiento. Por lo tanto, la Unión Soviética propicia restricciones sobre la venta y suministro de armas convencionales.

El suministro de armas no es la causa radical de los conflictos. A veces éstos están tan profundamente arraigados que quizá parezcan no tener solución. Pero ahora que ha cristalizado la idea de la reconciliación nacional, todo el mundo considera que se abren buenas perspectivas.

Por supuesto, no hay una receta única, y no puede haberla, pero se pueden buscar soluciones según estos lineamientos. A ello contribuyen las iniciativas de muchos países, incluidos Kampuchea, Viet Nam, Laos, Angola, Etiopía, Cuba, la República Democrática Popular de Corea y Nicaragua, que están elaborando, en condiciones muy difíciles, una política orientada hacia el futuro para las soluciones regionales.

La seguridad de Asia se está convirtiendo en una esfera importante por su propio derecho. Allí también, varios países están tratando de contribuir a asegurar la paz y la estabilidad de la región. En particular, merecen consideración las propuestas de la India, la República Popular de Corea, la República Popular Mongola y las iniciativas de países de América Latina, Africa y otras regiones.

Es inadmisibile, si se sigue el concepto de un proceso integral de desarme, dejar a las fuerzas navales fuera del marco de las negociaciones. Se trata de un problema global importante, pero su solución puede y debe iniciarse en los niveles regionales. Aquí también deseamos señalar a la atención las iniciativas que se presentaron en las declaraciones formuladas por Mijail Gorbachev en Vladivostok, Murmansk y Belgrado, que contienen propuestas detalladas para restringir las actividades navales en los océanos Pacífico e Indico, los mares septentrionales y el Mediterráneo.

Desde el punto de vista del desarme, las fuerzas navales siguen siendo una zona prohibida. Algunos Estados que están dispuestos a incluir hasta las cocinas móviles de sus oponentes en el equilibrio militar, se ponen nerviosos cuando se los invita simplemente a hablar, por ejemplo, de los portaaviones. De aquí surge una pregunta a nivel de un libro de texto de aritmética: ¿Cuál es el número, digamos, de tanques que equivaldría al poder de fuego de esta fuerza flotante?

Tratemos de comenzar con medidas de fomento de la confianza en la esfera naval, como las notificaciones anticipadas de transferencias y maniobras de fuerzas navales y aéreas asociadas; la limitación del número, alcance y área de los ejercicios; la invitación a observadores y los intercambios de información. Tenemos la experiencia de la Conferencia de Estocolmo. ¿Por qué no extenderla al desarme?

Para aumentar la confianza sería útil comparar informaciones sobre potenciales navales, examinar los principios del uso de las fuerzas navales y comparar los objetivos de los ejercicios y maniobras en el mar.

A todos nos interesa por igual que las comunicaciones marítimas sean seguras y confiables. Esto se facilitaría mediante el establecimiento, en las áreas de las grandes rutas oceánicas internacionales, de zonas de menor densidad de armamentos y de mayor confianza, mediante el retiro de dichas zonas de las fuerzas y sistemas ofensivos.

En esto también tenemos que guiarnos por el concepto de la defensa no ofensiva. Igualmente, con respecto al mar, propiciamos que en última instancia se impida la posibilidad de lanzar un ataque por sorpresa u operaciones ofensivas en gran escala.

Los últimos acontecimientos nos demuestran una vez más que es conveniente crear las fuerzas navales de las Naciones Unidas. Los miembros permanentes del Consejo de Seguridad podrían anunciar por adelantado los elementos que estarían dispuestos a asignar a tales fuerzas. En el futuro próximo se podría realizar una actividad conjunta de prueba, en que las flotas de miembros permanentes del Consejo de Seguridad harían una práctica manteniendo la libertad de navegación mediante fuerzas de las Naciones Unidas.

Un acuerdo sobre la limitación del número de buques equipados con armas nucleares tácticas estaría de acuerdo con las tendencias actuales.

Sobre la base de la reciprocidad con los Estados Unidos y otras Potencias nucleares, la Unión Soviética está dispuesta a anunciar la presencia o ausencia de armas nucleares a bordo de sus buques que llegan a puertos extranjeros. Existe una idea atractiva en el sentido de que los países interesados realicen esfuerzos colectivos para desarrollar medios técnicos destinados a verificar la ausencia de armas nucleares a bordo de buques de guerra.

Proponemos que todas estas cuestiones sean examinadas en las Naciones Unidas, en una reunión multilateral de expertos militares.

La cuestión de las bases militares en los territorios de otros países y la presencia militar extranjera es el núcleo de los problemas político-militares más urgentes. Es el polo político donde convergen los meridianos de la seguridad internacional y la soberanía, la independencia y la dignidad nacional de los pueblos y los países.

La Unión Soviética propone la meta de eliminar la presencia militar extranjera y las bases militares en territorios foráneos para el año 2000. Esta meta debe buscarse gradualmente, teniendo debidamente en cuenta las características regionales concretas y las verdaderas necesidades de seguridad y defensa. Podría invitarse a las Naciones Unidas a participar en la verificación de la retirada de tropas de territorios extranjeros. Allí donde la presencia de tropas extranjeras sea necesaria de todas maneras para mantener la paz, deberían ser proporcionadas por las Naciones Unidas.

Sería conveniente que los Estados se pusieran de acuerdo en proporcionar al Secretario General de las Naciones Unidas información sobre su presencia militar en el exterior y sobre la presencia militar foránea en sus territorios.

A medida que el proceso de desarme abarque a un número cada vez mayor de países, probablemente se requerirán disposiciones internacionales en materia de verificación. Es posible que esto plantee la cuestión de la creación de un organismo internacional de supervisión y verificación, bajo los auspicios de las Naciones Unidas. Ese organismo internacional de verificación podría coordinar y, cuando fuese apropiado, controlar el cumplimiento de las obligaciones asumidas en virtud de acuerdos sobre limitación y reducción de armamentos, verificar el

cumplimiento de las disposiciones sobre la disminución de la tirantez internacional y comprobar la situación militar en zonas de conflicto.

Plenamente conscientes de las dificultades que entraña poner en práctica esta idea, partimos de la base de que el proceso que eventualmente conduciría a la creación de un organismo internacional de supervisión y verificación se basaría en la adopción de decisiones por consenso. No descartamos que pueda establecerse un mecanismo de control para situaciones concretas.

También sería conveniente establecer, bajo la dirección del Secretario General de las Naciones Unidas, un centro multilateral destinado a prestar ayuda en la verificación. A nuestro juicio, podría desempeñar funciones tales como el pronto envío, según instrucciones del Secretario General, de misiones a zonas de conflicto internacional y la prestación de ayuda, en cuestiones de verificación, a las partes en acuerdos bilaterales y regionales. Sobre la base de los informes de estas misiones, el Secretario General podría celebrar consultas con los Estados interesados y utilizar su derecho a recurrir al Consejo de Seguridad.

Finalmente, una vez más quiero señalar lo que consideramos como la tarea más importante en la esfera del desarme, a saber, impedir la introducción de armas en el espacio ultraterrestre. Una de las formas de alcanzar esta meta es hacer del espacio una esfera de cooperación pacífica cada vez mayor entre los Estados, cuyos beneficios podrían disfrutar todos los pueblos de la Tierra.

Consideramos que una misión conjunta de cosmonautas soviéticos y astronautas norteamericanos a Marte sería un ejemplo de esa cooperación. También existe la posibilidad de que participen otros Estados. Indudablemente, este proyecto daría un impulso poderoso al desarrollo de nuevas tecnologías y aceleraría el progreso científico y tecnológico.

Al hablar desde esta tribuna en 1985, nos pronunciamos a favor de la creación de una organización mundial del espacio. Hoy, esa organización sería incluso más pertinente y oportuna. La consideramos como un punto central para el desarrollo práctico de un modelo universal de exploración internacional del espacio.

En la actualidad ha surgido la necesidad apremiante de explorar las posibilidades de cooperación entre los Estados, sobre la base de normas y procedimientos convenidas para impedir la contaminación del espacio ultraterrestre. Partiendo de la idea presentada por Francia, podríamos comenzar creando un organismo internacional de control espacial.

En el primer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado al desarme se pidió la prohibición completa de todos los tipos de armas químicas. Actualmente, ese llamamiento se ha traducido en un amplio proyecto de convención, con anexos detallados y con la mayoría de los textos libre de corchetes. La conclusión de la convención en un futuro cercano es una posibilidad realista. No obstante, se encuentra en peligro por la difusión de las armas químicas. Este problema excepcionalmente grave es motivo de gran preocupación para nosotros. La Unión Soviética condena categóricamente toda utilización de armas químicas o toda transferencia de esas armas a otros.

Todos debemos considerar el peligro de la proliferación de las armas químicas como otro argumento más para llegar a un pronto acuerdo sobre su prohibición total y no como un pretexto para evitarla. Mientras más pronto concertemos una convención general, más eficaces serán las medidas para combatir la proliferación de las armas químicas.

Ahora voy a referirme a los ensayos nucleares. Las dos partes en las conversaciones soviético-norteamericanas están próximas a alcanzar el objetivo de la primera etapa, es decir, la elaboración de medidas mejoradas para verificar el cumplimiento de los tratados de 1974 y 1976, lo que haría posible pasar a la etapa siguiente, en la cual se examinarían las limitaciones al número de explosiones nucleares. Como se sabe, durante la cumbre de Moscú se firmó un acuerdo sobre la realización de un experimento conjunto de verificación.

Las negociaciones soviético-norteamericanas son sólo una parte de nuestros esfuerzos por lograr una prohibición total de los ensayos nucleares. Nos queda un trabajo muy serio en la Conferencia de Desarme de Ginebra. Las propuestas de seis, naciones, los países socialistas y varias naciones occidentales, han sentado buenas bases para esa tarea. Si por alguna razón es difícil proceder de inmediato a la redacción del texto de un tratado de prohibición total de los ensayos, podría comenzarse la consideración gradual de un sistema de verificación. Lo que sería totalmente inaceptable es dejar de avanzar, porque sin la limitación y la prohibición de los ensayos nucleares es difícil e incluso imposible impedir la difusión mundial de las armas nucleares.

Las actividades en esta materia podrían reforzarse mediante la creación de zonas libres de armas nucleares en diversas partes del mundo. Sólo un trabajo serio y esfuerzos complementarios a nivel bilateral y multilateral han de llevar al objetivo final. Dicho todo esto, nuestra invariable posición de principio sobre una moratoria de los ensayos nucleares continúa siendo válida. Sobre la base de la reciprocidad con los Estados Unidos, estamos dispuestos a volver a implantarla y cumplirla, pero esta vez no por un año y medio sino para siempre.

Al concluir mis observaciones sobre armas nucleares, considero necesario afirmar que: si la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba un llamamiento a la Unión Soviética y a los Estados Unidos para que no utilicen con fines militares los materiales liberados como resultado de los acuerdos de desarme nuclear, nosotros responderemos positivamente a ese llamamiento.

Quiero volver ahora a un tema cuya tremenda importancia ha resultado particularmente evidente a raíz de la concertación del Tratado para la eliminación de misiles de alcance intermedio y de alcance menor. El tema es el desarme y el desarrollo.

Incluso las medidas concretas de desarme que ya hemos adoptado han liberado recursos importantes para el desarrollo de la esfera social de nuestro país. Esta experiencia es un incentivo a nuestros esfuerzos incansables por fomentar la idea del desarme con objeto de aumentar la asistencia a los países en desarrollo.

En este contexto, el establecimiento de un fondo de desarme para el desarrollo parece ser una propuesta de particular importancia. Reafirmamos nuestra disposición a participar en tal fondo.

La Unión Soviética también propone llevar a cabo un examen exhaustivo del problema de la conversión de industrias militares a fines civiles y preparar los planes pertinentes a nivel nacional y local.

Todas estas cuestiones podrían incluirse en el programa de una reunión de los principales dirigentes de los Estados miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que ha sido propuesta por Mijail Gorbachev.

Si no hubiera puntos en que convergieran los intereses de todos, ninguna sociedad podría existir. Este período de sesiones y nuestro diálogo son la mejor confirmación posible de esta idea de un gran filósofo. El desarme es el punto en que convergen los intereses de las naciones, y este hecho hace que la comunidad mundial sea más consciente de sí misma como un todo indivisible. En palabras de Mijail Gorbachev, la Unión Soviética se considera parte de una sola civilización, cree en la primacía de los valores humanos universales y considera que la preservación de la paz es la más alta prioridad.

Esto proporciona un punto de referencia para nuestras actividades de política exterior. Los tres años de perestroika han aumentado su poder pacificador. A juicio de los dirigentes soviéticos, actualmente la amenaza inmediata de una guerra entre las grandes Potencias ha retrocedido. La situación mundial ha llegado a ser más estable y previsible. La perspectiva de limitar la carrera de armamentos es ahora más real.

Dentro de unos días, cuando se lleve a cabo la primera destrucción pública de armas en la historia de la humanidad, no habrá llantos ni lamentaciones. Esto significará el final de una gran cantidad de desgracias, de desastres y de dolor. La pesadilla de la violencia y de la guerra empezarán a arder en el fondo del foso donde se harán estallar los misiles. Sin embargo, al haber cavado la tumba de las armas de destrucción en masa, la humanidad debe ahora construir los cimientos de un mundo libre de armas nucleares y no violento. Esperemos que este foro coloque su fe y su resolución sobre esos cimientos.

Esperemos que los resultados de este período de sesiones reflejen la voluntad del público mundial, que tiene aquí a numerosos representantes. El reunirme y el hablar con ellos recientemente ha evidenciado que se ha reunido aquí una auténtica asamblea popular sobre el desarme. Su proximidad y su participación dan a nuestras actividades esa dimensión humana que es el único criterio para medir los esfuerzos dedicados para construir un mundo sin guerras y sin armas.

Se levanta la sesión a las 13.00 horas.